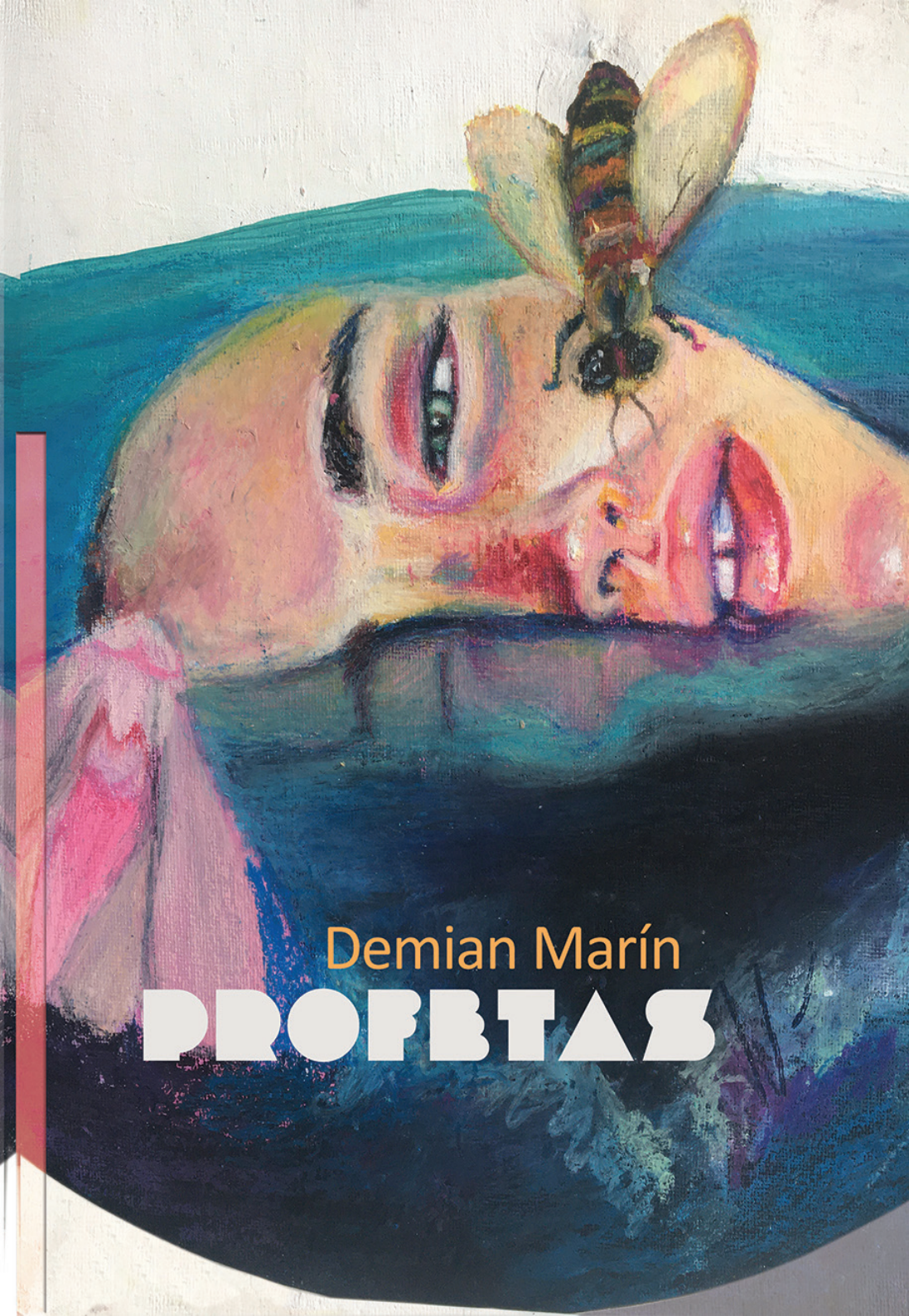




Demian Marín

PROFETAS



DEMIAN MARÍN (Toluca, 1979).

Es licenciado en Letras Latinoamericanas por la UAEM. En 2014 obtuvo el XXIII Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández, con su obra *Tierra Central*. Es autor de *Vida y muertes del maestro Cha* (La Diéresis Editorial, 2012), *Cuentos cangrejos* (Diablura Ediciones, 2015) y *Sueños de humo* (Ediciones de Autor, 2019).

PROFESOR

PROFETAS

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

Demian Marín

PROFETAS

COLECCIÓN INVITACIÓN AL INCENDIO DE NARRATIVA 3

grafógrafxs





EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

PORTADA

Carlos Maldonado

CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

Mónica Moreno Cedillo

Nidia Carolina Cruz Aragón

PRÓLOGO

Poeta bifurcado

Qué hacer con la voz de un poeta exiliado. T. S. Eliot nació en Missouri, pero sólo vivió allí la tercera parte de su vida. A los 25 años, desterrado por la gran guerra del mundo, tomó por patria segunda la niebla de Londres. Nunca más volvió a la tierra que le vio nacer.

Eliot escribió con el brazo del inglés y el corazón del norteamericano. Por sus venas y arterias fluyeron por igual las aguas del Misisipi y del Támesis. Eliot fue él mismo río calmo, vasto y constante, nunca aprehensible.

Viajaba a menudo, sabía siempre más que el día anterior. Era un recopilador de experiencias y conocimientos. Cada línea que escribía dialogaba con su pasado literario, filosófico y religioso, mediante citas, a veces luminosas, a veces dignas de estudios de arqueología.

Eliot fue un gran renovador de la poesía escrita en inglés. Después de todo, romper con las cadenas de la rima no era fácil para una tradición demasiado isabelina.

El tiempo que vivió fue el de un mundo convulsionado por la crueldad de escalas insospechables. En las dos grandes guerras del siglo XX, la lucha se deshumanizó. El combate cuerpo a cuerpo dejó de estar de moda, y dio paso a una decena de

vehículos, una centena de bombas y unos cuantos millones de muertos.

El grito, la desesperación, el resquebrajamiento de la ilusión por la humanidad racional y, por naturaleza, buena, se reflejaron aquí y allá. Artistas de todas las corrientes respondieron al llamado del desahucio. Cada uno, a su manera, pintó, compuso, talló, escribió. Cada uno hurgó en su vivencia una respuesta.

Eliot, el poeta de dos nacionalidades, el de la voz bifurcada, fue uno de los que se miró en el espejo de su tiempo. El poeta vislumbró el pasado y se asomó al futuro. Allí vio una tierra estéril, baldía, un páramo yermo que en 1922 se convirtió en poema, en el gran poema de entreguerras.

The Waste Land conjuga el afán totalizante de la novela del siglo XIX y la ruptura modernizante de las vanguardias. Esta duplicidad se traduce en un hermetismo luminoso.

Hermetismo luminoso

El panteón de las deidades de la Grecia Antigua descubre en Occidente el sentido del pensamiento humano. Hermes es entre los dioses lo que Prometeo fue entre los hombres. El Olimpo tiene en el dios mensajero a su fiel enlace con el mundo terreno. Es él, y nadie más, quien comunica los designios divinos a los hombres y los pueblos. Diríase que “traduce” la lengua del dios para hacerla asequible al lenguaje humano.

La hermenéutica es, por tanto, la ciencia inspirada en el dios mensajero. Con el uso de la hermenéutica, el hombre descubre el significado oculto de los mensajes. El hermeneuta, inspirado por el dios, alumbra las oscuridades, da luz a las tinieblas.

A este Hermes iluminador se integra su contrario, el Hermes que oculta, el creador de la hermética, la ciencia hermana de la hermenéutica. Hermes Trismegisto, o “el tres veces grande”, vuelve críptico el mensaje, lo transforma en un enigma.

La oposición del Hermes luminoso y del Hermes encubridor forma parte de una dialéctica que se representa por igual en la palabra. Todo discurso muestra y esconde. Esoterismo y exoterismo conjugados en un solo mensaje.

La mitología, como recurso articulador, convierte al dios mensajero en un hombre; más aún, en el hombre que enseña al hombre los conocimientos ocultos de los dioses. El iniciado en el conocimiento hermético aprende y comprende, pero nunca del todo. Atisba y retrocede con miedo. Al final queda un resquicio de divinidad inaprehensible.

El conjunto de estos conocimientos guardados con celo por unos cuantos provoca el mito. El control de la naturaleza, la inmortalidad, el poder de la profecía son sólo algunos de los temas que nutren los rumores ancestrales y conforman el imaginario colectivo de nuestra sociedad.

A lo largo de los siglos, hermética y hermenéutica juegan los papeles de mediadores entre los hombres y los mitos. El hermeneuta revela, el hermético oculta. El hermeneuta y el

hermético son, siempre, la misma persona. No es más que una moneda de doble cara, una moneda que siempre está en el aire.

Eliot, el brillante heredero de las ciencias derivadas de Hermes, escribe en un periodo especialmente cruento de la historia global su poema *The Waste Land*, inspirado por el dios mensajero, que se erige como un monumento moderno a la revelación velada de un conocimiento divino: el enigma del futuro.

El enigma del futuro

La cultura helénica, cuna de nuestra civilización, daba especial valor a las “mancias”. Grandes ejércitos se movilizaban sólo si el augurio del profeta en turno era favorable. El futuro, nebuloso para los mortales, se encontraba a su alcance a través de quienes tenían una conexión especial con los dioses.

Eliot renueva el don profético de los antiguos griegos mediante su escritura. Él mismo se vuelve profeta. *The Waste Land* anuncia con crípticas palabras lo que vendrá. Los versos son enigmas que retan al lector para que sean solucionados. En ello se requiere imaginación, inteligencia y un diálogo constante con autores de todos los tiempos y lugares.

El poema es casi una obra dramática, conformada por monólogos que se entrecruzan. Los personajes son diversos; algunos de ellos, profetas, como Eliot. El poeta les da voz para anunciar los acontecimientos futuros de la ficción y de la realidad.

En una nota que aparece en la tercera sección de *The Waste Land*, Eliot afirma que una de las figuras que desfilan por el poema, el profeta Tiresias, más que personaje, es un mero espectador, y más que espectador, es el protagonista absoluto de la obra. Es Tiresias quien mira a través de su ceguera clarividente la substancia de todo el poema.

El profeta inunda cada palabra con su conocimiento del futuro. El lector asiste en *The Waste Land* a una premonición sobre el destino de la humanidad. Al final, quedará solamente, irremediablemente, una tierra baldía.

Y para predecir el futuro, Eliot se vale de palabras que provienen del pasado. El hermetismo luminoso se hace presente en el poeta bifurcado.

Profetas

Apolo, el dios de la claridad, era el protector de los profetas. Su influjo, sus enseñanzas, su favor daban a los hombres el poder de desentrañar la bruma del destino.

En el lado opuesto se encontraba Dionisos, hermano de Apolo. Los raptos proféticos de los sacerdotes dionisiacos eran equiparables a las profecías de los seguidores de Apolo. Una era la diferencia: el uso del raciocinio.

En el *Timeo*, Platón establece una notable diferencia entre el arrebatado ocasionado por la posesión divina y la profecía en sí. El adivino escupe; el profeta traduce. El trance adivinatorio se apodera de los pensamientos de quien lo padece. Sus palabras,

si bien vaticinan, caen como frutos podridos en el estéril suelo de los que escuchan.

Los profetas, en cambio, discernen el futuro que se les presenta, interpretan y anuncian lo que los dioses les han ofrecido. En imágenes equiparables a las de Dante, los profetas son viajeros privilegiados que miran los mundos ultraterrenos y son capaces de volver para describir lo que han visto.

Pero tal como se ha descrito, el peligro de avistar dos mundos permanece en la integridad de los profetas. Gran esfuerzo significa saborear los mejores manjares para despreciarlos posteriormente. No pocos han quedado prendidos de las visiones proféticas. La historia los ha llamado dementes e insensatos.

Este libro entabla un diálogo entre quienes quedan en la orilla, los profetas que vislumbran y reculan, por un lado, y, por el otro, los anuncios clarividentes que en los versos de *The Waste Land* emergen como dagas punzantes del devenir humano.

SIBILA

I will show you fear in a handful of dust

En esta jaula nos vamos consumiendo. Nuestra piel cuelga de los barrotes. Somos seres inmundos con poderes que no pedimos. Nuestra garganta envejece hasta enmudecer. El cuerpo se cae a pedazos. Después de tantos siglos, nuestro canto se pierde en el silencio. Pero los hombres siguen llegando, siguen pidiendo un designio. Cuando la edad apaga nuestro canto, escribimos los acertijos en hojas de roble.

En una caverna fría y solitaria, hombres de diversas latitudes visitan una jaula que cuelga del techo. En la penumbra de la jaula yace una anciana moribunda. Ella les anuncia el destino en forma de acertijo. Su futuro se encuentra allí, encerrado en una maraña de palabras, en un puño de sonidos que cobran forma sólo cuando se cumplen los augurios. Los hombres salen con azoro, con un secreto agradecimiento y con una profunda impotencia que otorga la incompreensión.

Yo, Apolo, he visto en los ojos de esa mujer la misericordia y el amor. Yo, dios benévolo, le ofrecí el gran poder de la profecía. La nombré Sibila, porque de esta manera todos sabrán de ella, del poder que le he regalado, por el bien de los hombres. Yo, dios de la luz, me he maravillado con sus embrujos.

—¿Deseas algo? —pregunté—. ¿Algo que pueda ofrecerte a cambio de tus encantos?

Yo, Apolo, hijo de Zeus, estaba dispuesto a ofrecer cualquier cosa con tal de poseerla.

—Pide lo que sea —le dije—, cualquier cosa te será concedida. —¿Cualquier cosa? —preguntó Sibila.

—Cualquier cosa —dije ardiendo de pasión. Ella tomó un puñado de arena.

Nacimos en lugares remotos que hemos olvidado. Nuestro recuerdo no va más allá de este sitio, no se atreve a navegar aguas subterráneas. Somos despojos de nosotras mismas, elevadas como deidades que asquean. Somos muchas y a la vez somos una: la sibila, la anciana de mil años que conoce el destino de los hombres.

Las supersticiones no hacen daño, a menos que se vuelvan realidad. Nosotros no creíamos en esas supercherías que se hablaban acerca de las sibilas. No creímos que alguien del pueblo podría convertirse en una de ellas.

Mi madre anunció la muerte de mi padre. Era de esperarse. Ambos eran viejos ya. La muerte rondaba desde hacía tiempo. La tragedia, la funesta sorpresa, fue escuchar la predicción de las circunstancias.

Con un dulce canto, desconocido para nosotros, mi madre anunció:

los cascos destrozan el cráneo
el tiempo se desboca
una llama se apaga

Comprendí sus extrañas palabras al día siguiente. Mi padre iba caminando de regreso a casa. Un patricio perdió el control de su caballo. Pasó encima de mi padre. Una muerte inmediata.

Los restos de la última sibila se vuelven la carroña de la que toma su lugar. Pronto la nueva termina por devorar el cadáver de la vieja. El hambre aparece.

Durante un año, quizá dos, la nueva grita desfallece, su cuerpo se reduce a un esqueleto envuelto en pellejo. Algunas sibilas han llegado a arrancarse los dedos, las manos. Su propia carne es sucedáneo del hambre que, irremediablemente, vuelve a aparecer.

Un año, quizá dos. La sibila clama por comida. Los escasos visitantes le arrojan frutos, semillas. La sibila alcanza a tomar algunos, se los lleva a la boca con sonoras carcajadas. El hambre desaparece. Y al día siguiente, regresa, como si nunca la hubiera abandonado.

Así pasa un año, quizá dos. El hambre, omnipresente durante todo ese tiempo, de repente se va. Y no vuelve más.

Habitamos un lugar que con los años se vuelve gigante. Cantamos los designios hasta no poder más. Nuestros cantos regresan con el eco de la jaula y de los años. Ecos repetidos, siempre repetidos. Palabras que carecen de significado. El destino es un ciclo irritante. Las mismas palabras, los mismos cantos. Sólo el nuestro, nuestro destino, es diferente.

Pide cualquier cosa.

¿Cualquier cosa?

Lo que desees.

Quiero vivir tantos años como granos de arena tenga en la mano.

Mi madre dejó de ser mi madre ese día. Le pregunté si había sido un demonio el que hablaba a través de ella o, peor, si el demonio se había hospedado en su cuerpo de forma definitiva. Mi madre, que no era mi madre, no dijo nada.

Al pueblo llegó la noticia de que allá en la montaña, en la caverna donde habitaba la bruja que llaman sibila, esta había dejado de escribir.

Los supersticiosos decían que cuando una bruja moría, otra aparecía en algún lugar cercano. Decían que el lugar donde la nueva bruja surgía se volvía maldito, y que grandes tragedias ocurrían allí. Decían que eso acontecía cada mil años.

La bruja que fuera mi madre, antes de ir por su cuenta a su encierro en la caverna, anunció con un canto:

el estupor galopa a su encuentro

su fúete es el fuego

su brida la desolación

Aquí aprendimos del oído, comprendimos el verdadero fin de palabras que se encierran como erizos. Aquí sedujimos al paseante con ecos, con frases que pronto se convertían en realidades, en la propia realidad de quien pregunta. Aquí recogimos los restos de una vieja civilización y dijimos con orgullo: aquí aprendemos del oído y comprendemos, poco a poco, el verdadero fin de palabras que se encierran.

Hay un roble a la entrada de la caverna. La sibila, cuando ha perdido la voz, demanda hojas de este árbol. En las hojas escribe varios versos y los libera al viento. Las hojas que caigan más cerca del visitante son las que marcan su destino.

En invierno, el roble se queda sin hojas. Los visitantes dejan de venir, por falta de hojas, por causa del frío. Los pocos torpes que suben la montaña han visto gruesos témpanos de hielo colgar de la jaula donde se encuentra suspendida la sibila. No comprenden cómo puede sobrevivir a los inviernos más crudos en esa de por sí fría y húmeda caverna.

Durante el otoño, cuando el viento mece las ramas del roble y el suelo se cubre de hojas, no hay día que no se aparezca algún hombre, deseoso de conocer su futuro.

Nunca había sentido tanta repugnancia. Nunca me había sentido tan ultrajada por las palabras de Apolo.

—¿Ves esta arena? —le dije—. Si yo vivo tantos años como granos de arena tengo en la mano, mi virginidad será tuya.

Apolo extendió su brazo. Depositó la arena en su mano.

—Así será —dijo.

—Tu deseo se ha cumplido —me dijo—. Ahora ven a mí, hermosa Sibila.

De sólo pensarlo me daban ganas de vomitar. Apolo, lascivo, se acercó a mí.

—Ven aquí, Sibila —dijo—, ven a darme lo que ya es mío.

Hay veces que miramos nuestro destino, como si fuéramos cualquiera de los que vienen a vernos. Nos preguntamos a nosotras mismas, con sonrisa cómplice, por lo que va a pasar, por nuestro inevitable futuro. La eterna visión de lo mismo, de la misma existencia en esta jaula, del proceso de envilecimiento de nuestro cuerpo, la imagen perenne de la tortura que significa la vida, nos hace olvidar, por siglos, la sonrisa cómplice de este ruin juego.

Era mi madre, pero no tenía opción. Debíamos expulsarla del pueblo. Tapié la casa, pasé los días siguientes con los vecinos. La que antes fuera mi madre estuvo recorriendo las calles, cantando a gritos terribles profecías, soltando siniestras carcajadas. Nadie salió en todo ese tiempo. Nadie hizo nada por ella.

Mi madre gritó, blasfemó, dio puntapiés en las casas hasta que se cansó. Después se fue. Todos sabíamos a dónde se había ido. La vida sin ella volvió a la normalidad. Volví a mi casa, traté de retomar mis actividades. La gente del pueblo me apoyó en mi duelo. Todos sentíamos el vacío que mi madre había dejado en la comunidad. Pero, con el tiempo, lo sabíamos, todo se olvidaría.

Pero nada se olvidó. A las pocas semanas, un terrible incendio acabó con el pueblo.

Los niños, por juego o por maldad, suben la montaña, se internan en la caverna, se esconden y ríen. La sibila cuelga en una jaula. No tiene más hogar que ese medio metro cuadrado que la delimita. Los niños la miran, cuchichean, se burlan de ella. Su vida es demasiado nueva. No tienen interés por el destino. La sibila musita, pero su voz se apaga. La alegría de los niños opaca la vieja voz de la sibila. Pero, en pequeños lapsos de silencio, alcanza a oírse el murmullo.

—Me quiero morir, me quiero morir, me quiero morir...

La agonía. Los hombres nos visitan. Vienen en busca de su futuro, en busca de nuestras palabras que se hacen realidad. Nosotras, desde el encierro, dictamos el destino de los hombres con palabras de fuego. Palabras incomprensibles. Palabras peligrosas. La agonía. Los hombres vienen en nuestra búsqueda siempre agónicos, siempre inquietos. La agonía de no saber si alcanzarán a comprender nuestras palabras.

Yo, Apolo, hijo de reyes, cumplí mi promesa. Novecientos noventa y nueve granos de arena en la hermosa y perfecta palma de su mano. Novecientos noventa y nueve años por delante. Novecientos noventa y nueve años para amarnos.

Yo, Apolo, dios de la profecía, engeguedado por la lujuria, he sido engañado por Sibila.

—He cumplido mi promesa —le dije—. Ahora tú cumple la tuya.

—No —dijo Sibila—. No —dijo, y huyó.

Por eso, padre mío, yo, Apolo, tu humilde hijo y servidor, te pido justicia, te pido que intercedas por mí, por este ultraje cometido.

—Sibila pidió larga vida —dijo Zeus—, pero nunca pidió juventud. Su deseo será cumplido.

No comemos, no bebemos, no dormimos. La muerte puebla nuestros pensamientos. Es lo único que pensamos. Morir es ahora nuestra más grande ilusión. En nuestra mano sigue habiendo polvo. El polvo que aleja a la muerte e invita a la decrepitud. Nuestra mano está manchada con polvo, con motas de polvo. Por alguna razón, que ya hemos olvidado, ese polvo es nuestra desgracia.

He ido a la caverna de la sibila. He preguntado por el futuro del ser humano. La sibila contestó:

un dios vendrá para morir
y será más grande
que los inmortales

Después exhaló su último suspiro. O eso pareció, porque el mundo, por un instante, quedó en silencio.

TIRESIAS

These fragments I have shored against my ruins

—Te veo, lector —dijo Tiresias. Y luego se arrancó los ojos.

Un ser humano.

La calidez de un ser humano.

El lecho tibio que deja un ser humano por la madrugada,
cuando se levanta para continuar. La tumba de satín.

Tiresias es un hombre, dicen los griegos. Es un panóptico, asegura Foucault. Es un profeta, afirma Eliot. Es una mujer, dicen los griegos.

Tiresias es, realmente, una alegoría.

Todo sueño se convierte en hecho, y Tiresias lo enuncia. Ay de aquel cuyo futuro está en la lengua de Tiresias.

Por algún lado comienza.

Lo justo es que comience con el fin de los tiempos.

Y en el fin de los tiempos hubo cuatro jinetes.

Tiresias observó el final. Todo final requiere un testigo. Y Tiresias no perdió detalle.

Vio el primer sello roto. Y el jinete, montado en un caballo blanco, apareció con su arco y su flecha, y lo saludó.

Vio el segundo sello. Y el jinete, montado en un caballo rojo, declaró la guerra al mundo, blandiendo una espada.

Vio el tercero. Y el jinete, montado en un caballo negro, pesó con su balanza el hambre de la humanidad.

Vio el último sello resquebrajarse. Y el jinete, montado en un caballo verde, impuso de un solo tajo de guadaña la peste en el mundo.

En esta escena, Tiresias se llamaba Juan.

El profeta andrógino vagó por ciudades desiertas. Llevaba en su mano los ojos que había arrancado de su rostro. Los mostraba a las urracas. Gemía y se retorció. Buscaba a la muerte en los rincones.

Luego, llegó la primera profecía, ataviada con lujosas vestimentas. Tiresias guardó silencio y se postró para escucharla.

Franz tuvo también por nombre Tiresias. Su conflicto no fue el conocimiento del destino de los otros. Franz conocía su propio destino, y esa angustia lo llevó al lecho mortuario.

—Quémalo todo —dijo a Max, su amigo—. No debe quedar huella de mi existencia.

—Franz —dijo Max—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Quema mi cuerpo, quema mi casa. Quémalo todo. Que no quede nada. Comienza por mis ojos. Estos ojos que han visto sólo podredumbre.

—Piénsalo bien —dijo Max—. No puedes morir así.

—Quema mi nombre, Max. Quema mis libros. Haz una hoguera rotunda, voraz. Quema tus manos, si es preciso. ¿Harás eso por mí, Max?

Max, resignado, prometió quemarlo todo.

Y Franz, que tuvo también por nombre Tiresias y vio su futuro, murió sosegado.

El nombre (Tiresias) es el de una categoría. Los Tiresias son seres sufrientes, agoreros que penan por las calles, angustias encarnadas, víctimas de su propia noción de existencia. Los Tiresias no deben ser escuchados. Son sirenas de pechos vacíos.

Tiresias es, en verdad, una prostituta brasileña que había sido raptada y, por falta de hormonas, se volvió hombre.

Tiresias, la prostituta, miraba desde la cuenca vacía de sus ojos el momento exacto de su muerte, arrollada por el automóvil de un sacerdote. Miraba también el hocico de tres perros famélicos olisqueando su cadáver. “Una prostituta que ha vivido en el pecado merece morir de esa manera”, oía Tiresias en el sermón del sacerdote que la iba a arrollar.

Y Tiresias descubrió, poco antes de su muerte, que no todo puede ser visto, que en el futuro no existe la noción de lo bueno, lo recto. Descubrió que todo ser humano carga consigo una insoportable levedad.

—*Es muss sein!* —gritó Beethoven, sordera y violín en mano.

—*Es muss sein!* —dijo Tomás a Teresa.

—A veces Dios mueve a algunos de un modo especial a querer algo determinado, que es lo bueno, lo recto —dijo Santo Tomás.

Tiresias no dijo nada. Sólo dejó que el automóvil finalmente la arrollara.

—Nada de lo que me ocurre ha sido por voluntad propia. Si pudiera escoger, tendría otra vida. No entiendo lo que me ocurre. Solamente lo acepto.

La multitud contiene la respiración, escucha en silencio.

—Todos ustedes deben aceptarlo, así como yo. Diré a cada uno el destino que tiene. Sólo pido que lo acepten.

La multitud se abalanza hacia el ciego.

—Hombre virtuoso y sabio, dinos qué ves a través de nosotros.

La paradoja del destino se basa en que un hombre mutila sus ojos para dejar de estar ciego.

El origen de Tiresias bien puede encontrarse escondido en un sótano que tenga mucho de pozo. Bien pudo haberse llamado Borges antes de ser clarividente. Bien podría decirse que, después de haberlo visto todo, desde el origen de las cosas hasta su derrumbe, Tiresias optó por mirar sólo el futuro, arrancándose los ojos allí mismo, arrojándolos al suelo, allí mismo, con la única esperanza de que Carlos Argentino Daneri resbalara y se desnucara, con la lúcida certeza de que, tres horas después, Carlos resbalaría y se desnucaría.

En el profeta la palabra se vuelve divina.

—No veo nada —dice el profeta—, estoy ciego de ojos. La frase que esperan quienes me buscan simplemente aparece en mi boca, se forma sin que yo logre entenderlo.

En cuanto a la mentira, se vuelve un lujo que no todos pueden darse. Tiresias no miente. Tiresias nunca miente. Cuando habla, sus palabras edifican los hechos por venir.

Tiresias envidia a los que mienten. En la mentira radica el mundo de lo imposible. Un mundo vedado para él.

Un hombre pasó junto a un mendigo que era Tiresias. Lo reconoció. Hace años lo había consultado. Tiresias había predicho la muerte de su hermano. El hombre, con el tiempo, agradeció el gesto. De alguna manera, ver a su hermano a los ojos, saber que pronto moriría, le ayudó a aceptar su muerte, poco tiempo después.

—Tengo hambre —le dijo Tiresias al hombre—. ¿Tiene usted algo para mí?

—Tiresias, ¿me recuerda?

—No —dijo Tiresias—. Los ciegos sólo tenemos memoria para el futuro.

—No entiendo —dijo el hombre—. ¿Cómo un otrora hombre importante, con un gran poder de profecía, puede encontrarse en estas condiciones, mendigando alimentos en las calles, produciendo lástima en los paseantes?

—Yo no construyo mi destino. Tan sólo lo acepto. Sé que moriré un día de estos. De hambre y de frío. Pero no será hoy, porque me darás de comer. Y mañana también. Seguramente, si vivieras más tiempo que yo, me alimentarías siempre.

El hombre palideció.

—Hay ocasiones que la verdad duele —dijo Tiresias—. El destino siempre lo hace.

Dime, Tiresias, ¿qué pasa por tu cabeza? ¿Imágenes borrosas de parajes recónditos? ¿Recuerdos de los tiempos en los que aún no enneguecías? ¿O tal vez logras ver caras, perspectivas, situaciones que no habías visto nunca? ¿O una red que te aprisiona y te engulle hasta el sofoco?

Dime, Tiresias, ¿en verdad influye la voz de los que piden el dictamen en la imagen de su suerte? ¿Alguien te habla, te susurra lo que tienes que decir?

Dime, Tiresias, las visiones del futuro, ¿de dónde vienen?, ¿son de adentro o de afuera?

Dime, Tiresias. Mírame y dime: ¿cuánto me queda de vida?

Un cadáver yace sobre una tosca mesa de madera, disimulada con un deslucido mantel de satín. Esa escena, en el destino de Tiresias, fue la única que no logró visualizar.

Un cadáver no es ya una persona.

CASANDRA

The wind crosses the brown land, unheard

Hija de Príamo, princesa de Troya, Casandra maltrecha, nosotros, los micenos, honramos tu memoria.

Casandra mártir, permítenos cantar en tu honor, permítenos encender las llamas de Hestia, la diosa virgen, para recordar tu nombre, permítenos velar tu tumba, alejar de las profanaciones el descanso de tus restos.

La más hermosa de las troyanas, frágil Casandra, en tu cadáver depositamos nuestras penas, nuestras glorias, nuestros más remotos arrepentimientos, eco de las generaciones que nos han precedido.

Casandra, heredera de serpientes, cuéntanos tu vida, escucha tu pasado.

Habla Casandra:

Mi primer recuerdo es de agua y un templo y las manos de Hécuba, mi madre, y un cielo azul ennegrecido y una gota que se escurre de mi mano y se precipita desde el codo, y un atardecer de rojo verdor y un templo y agua, mucha agua a mi alrededor.

Yo era una niña. Un nido de serpientes me atacó en el templo de Apolo, muy cerca del Helesponto. Mordieron y violentaron mis orejas con su lengua dividida. La fiebre acompañó mi vigilia, el veneno supuró de mis oídos. Días y meses, meses y años. Desde ese momento, no hubo día que dejara de oír al viento anunciar las desgracias futuras.

Habla Hécuba, la plena de fortaleza:

¡Oh, pobre Casandra! Nada sabe de su desgracia, la infamia trastornó sus sentidos.

Cuando ella y su hermano Heleno nacieron, ofrendamos nuestras mejores viandas a Apolo. Juntos fuimos al templo, en las afueras de Troya, y adoramos y bailamos y libamos y agradecemos, felices por el nacimiento de los gemelos.

Al anochecer, el templo de Apolo fue quedándose desierto. Un suave viento estival embriagó nuestro ánimo. Príamo, dije a mi esposo, Príamo, rey y señor, vayamos a descansar. Y así lo hicimos. Pero el hado quiso que olvidáramos a los recién nacidos en la mesa de ofrecimientos. Allí pasaron la noche los gemelos, abrazados el uno al otro, ajenos al destino que se acercaba reptando.

Con los primeros rayos del sol entramos al templo, y presenciábamos un siniestro espectáculo: dos serpientes lamían el cuerpo de los niños. Logramos ahuyentar a una de ellas, pero la que estaba enroscada en Casandra envolvió en un segundo a un esclavo y lo asfixió sin problemas. La serpiente huyó y nosotros recogimos los cuerpos amoratados de los niños y el cuerpo sin vida del criado.

Habla Heleno, el augur de los troyanos:

Cuando éramos niños, las serpientes benéficas de Deméter nos otorgaron el don de la clarividencia. Fue grande, muy grande el don. Fue tan grande que mi hermana Casandra no logró soportarlo. Cada predicción venía acompañada de fuertes convulsiones. Los torvos espíritus del Hades poseían a Casandra. Ella extraviaba los ojos y golpeaba la cabeza contra el suelo. El viento jugueteaba con sus cabellos durante el trance.

Sus demencias provocaron la caída de Troya. Fue ella, con sus anuncios funestos, quien maldijo con su veneno a Paris, nuestro hermano. Fue ella quien hizo retirarse de los templos a los que llevaban ofrendas a los dioses para ganar en la guerra contra Ilión. Fue ella la autora de su propia muerte. Todo fue obra de sus augurios funestos.

Yo, Heleno, augur de Troya, por mis predicciones de batallas ganadas, fui bien acogido en las filas del ejército. Ella, Casandra, mi hermana gemela, fue señalada y temida.

Habla Micenas:

Hermosa Casandra, maldita por tu suerte, hablaste y nadie atendió tus palabras. Casandra, heredera del viento, profetizaste calamidades y fuiste olvidada. Nosotros, los micenos, no olvidamos ni habremos de olvidar. Nosotros te honramos, Casandra de belleza prodigiosa, Casandra vidente.

Habla Paris, el de la hermosa figura:

Regresé a Troya. Elegí un disfraz de pastor. Por la noche llegué al hogar de mi padre.

Allí, Príamo, mi padre y mi rey, celebraba los juegos fúnebres en honor de su hijo muerto. El nombre del homenajeado era Paris. Mi padre, todos estos años, creyó que yo había fallecido.

Concurse en los juegos, competí con mis hermanos. Los veía y no los reconocía. Me veían sin reconocermé. Luchamos en los juegos como desconocidos. Al final gané. La presea fue un toro, el favorito del rey.

Mis hermanos me rodearon. Héctor me increpó. No es posible, dijo, que un simple pastor venga a llevarse el toro favorito de nuestro padre. Tendremos que matarte.

Asesinen a este hombre, suplicó una mujer temblorosa de belleza indecible. No es hijo de pastores, dijo ella. Su linaje es otro. Asesinen, hermanos, a la carne de nuestra carne. Viertan en la tierra, dijo, la misma sangre que corre por nuestras venas. Porque este que ven es Paris, el difunto, que ha venido a traernos desgracias.

La mujer se desplomó. Era Casandra, mi hermana, casi tan bella como Helena, pero delirante. Su cuerpo se retorció en el suelo como serpiente. De la boca salía espuma y sangre.

Casandra se convulsionaba, mientras todos mis hermanos deponían las armas y me alzaban en hombros.

Paris ha vuelto, dijeron. Y me llevaron en hombros hacia Príamo, quien me esperaba con los brazos abiertos, mecidos por el viento.

Habla Héctor Priámida, el digno de fe:

La noche obstruye el combate. Ahora es de noche y los animales salvajes buscan la carroña de la batalla.

El día se acerca, y con él vendrá Aquiles, montado en su caballo. Vendrá por la armadura que le arrebaté a Patroclo. Vendrá porque así lo he querido.

El viento cruza el campo envuelto con el ocre de la sangre reseca al sol. Ante mis ojos desfila el trajín de los bueyes que acarrean los cuerpos de los guerreros caídos. La noche obstruye el combate y da tregua para recoger a nuestros muertos. A lo lejos las antorchas de los aqueos indican que ellos, a su vez, cosechan sus muertos.

Estoy parado a las puertas de Troya y la tierra tiembla y grita y se vuelve polvo. Presiento a Apolo que se acerca. Su protección bendice mis pasos. Pronto amanecerá.

Miro en la penumbra la terrible figura de Casandra, enloquecida por serpientes. Casandra, la bella de ojos extraviados. Casandra, la célibe bruja de la maledicencia. Casandra, mi hermana. Se acerca a mí. Me abraza.

Héctor, hijo de Príamo, me dice, Héctor, valeroso, la muerte viene con Aquiles. Una muerte terrible, un funesto escenario. Tu cuerpo y tu sangre, degradados a las puertas de Troya. Héctor, hermano, desiste de este combate, refúgiate en

tu casa, tu mujer y tu hijo te esperan. No provoques la desgracia de nuestro pueblo. No provoques la desgracia de nuestro padre. Héctor, el más sensato de los troyanos, sé que tú sí oyes mis ruegos.

No escucho más. Me desprendo del abrazo de Casandra y me coloco la armadura. El sol sale por oriente.

Habla Aquiles, el de los pies ligeros, en los juegos funerarios en su honor:

Observa, Patroclo, tus huesos y los míos, hechos uno solo. Observa la venganza en tu nombre. Observa tú también, Antíloco, lo que logró mi cólera por ti. Observen todos los griegos los logros de Aquiles.

Observa tú, estúpido Agamenón, las proezas que hice en el campo de batalla. Observa cómo salvé a los griegos de un fracaso deshonroso. Destruí muros troyanos, asesiné a sus hombres, quemé sus casas y humillé a sus héroes.

Observa lo que hice, cobarde Agamenón, en esta guerra insensata, comenzada por los fatuos desdenes de los que comparten tu sangre, y comandada por tus infectos designios. Porque la sangre de un atrida es sangre putrefacta.

Zafio Agamenón que te atreves a asistir a mis exequias, acompañado de tu esclava enloquecida, más vale que huyas, que prestes oídos a la troyana que se convulsiona mientras habla. Piérdete en la bruma, piérdete con el viento, porque mi cólera, aun cólera de cenizas, te perseguirá hasta la muerte.

Observa, Agamenón, observen todos esta maldición de cadáver. Observen bien estas palabras, pues serán las últimas.

Habla Micenas:

Casandra de funesta figura, en tu tumba macilenta no crece la hierba. Es tierra baldía y sin eco. Los dioses te han dado la espalda. No existe ser que se conmisere de ti, de tu muerte funesta.

Casandra maltrecha, nosotros, los micenos, ensalzamos tu muerte, honramos tu vida.

Habla Agamenón, el obstinado:

He vuelto a Micenas de una guerra nefanda. Las noticias de mis hazañas han corrido con el viento. Traje conmigo un botín digno de un rey que regresa. Ropajes y alabastros; estatuas, joyería; armas y esclavos. Ninguno tan bello, tan salvaje, tan fascinante como Casandra.

De todas las troyanas, Casandra es la más hermosa. Su figura aturde, embelesa. Casandra es una diosa hecha carne. Casandra ha sido el botín máspreciado, el premio a toda esa sangre derramada por los griegos.

No obstante, en su belleza se oculta la locura. Casandra grita, patalea, entra en trance, arremete como mar embravecido. Casandra cree ser adivina, anuncia su propia muerte. Nada hay más lejos en mis planes que degollarla. Vaticina también mis funerales. Sus augurios me provocan carcajadas.

Oh, hermosa Casandra, terrible Casandra, enajenada troyana, irradias belleza cuando duermes, cuando estás amordazada.

Habla Clitemnestra, la que urde venganzas:

Por las noches aúlla Ifigenia. El viento ulula su muerte. El cruel Agamenón, su padre mismo, el ser que engendró a la frágil criatura, alzó el cuchillo y arrebató la vida de mi hija. Ifigenia inocente, aúllo a tu lado por el dolor de la ausencia.

Esta noche he cobrado tu venganza. Egisto me quita la daga ensangrentada. Ha sido todo, me dice, no hay nada que hacer. Agamenón yace muerto a mis pies. Ha chillado como cerdo momentos antes de su muerte.

Ifigenia ha sido vengada, me dice Egisto. Tu marido yace muerto, en tus manos se encuentra la sangre de un infame filicida. La justicia se ha hecho presente en Micenas. Suelta tu llanto, amada Clitemnestra, suelta tu llanto. Y reposa en tu lecho la beatitud de la conciencia.

Egisto me abraza. Para él todo ha terminado. Pero yo sé que aún falta algo. La puta troyana, que injuria y se ríe poseída por demonios, debe morir al lado de su amante. Su muerte tiene que ser rastrera, tal como ha sido su existencia.

Egisto me ayuda a traer a Casandra, la puta troyana, junto al cadáver del asesino. Escupo en su rostro en nombre de Ifigenia. Escupo de nuevo para conjurar las muertes de Troya. Escupo, por última vez, envuelta de ira, en desprecio a su condición de ramera.

Egisto me extiende la daga. Corto el cuello. La puta troyana se retuerce en el suelo, como si fuera serpiente.

Habla Micenas:

Tu muerte fue simple, Casandra. Tu cuello dejó escapar la vida de un tajo. Caíste, Casandra, sobre el cadáver de Agamenón. Yacieron juntos sobre el lecho de tu última profecía.

El viento dejó escapar un alarido. Anunció lo irremediable, la muerte propia, la muerte de Casandra. Ha muerto Casandra, dijo el viento. Pero no era la voz del viento, no la silbante voz de las serpientes. Era tu voz. Ha muerto Casandra, dijiste.

Te convertiste en otra Casandra al tiempo que te degollaban. Dejaste de sentir, dejaste de mirar, dejaste de pensar. El viento cesó, por vez primera, en toda tu existencia.

Nosotros, los micenos, honramos tu memoria.

PITIAS

*And other withered stumps of time
Were told upon the walls*

Nosotras somos las pitias de todos los tiempos. Somos el origen y el presente, el transcurso del tiempo y el colapso de nuestra época. Somos las profetas, las que hablamos en nombre de los otros.

Hemos venido de la muerte para narrar nuestro pasado. Hemos cruzado el Estigia, el Aqueronte, el Leteo, con aflicciones auestas, con memorias marchitas, imitando uno a uno los detalles de nuestra travesía por el Egeo.

Era mediodía.

Íbamos con nuestros hombres rumbo al Peloponeso. La suave brisa nos llevó a Arena, luego a Alfeo, luego a Calcidia, luego a Dime, luego a Elis. En Ítaca, un enorme delfín nos impidió el paso. Saltó al bote, se transformó en hombre. Un fulgor de fuegos azules y rojos inundó el mar hecho vino. El hombre, que era delfín, nos dijo con voz potente y profunda:

—¿Quiénes sois vosotros, extranjeros? ¿Sois aqueos o profanos? ¿Qué hacéis navegando estos mares? Desnudad sus palabras, las mentiras sobran bajo este cielo diáfano que os he dado.

Nos postramos ante el hombre y susurramos suaves lamentos. Respondimos a todas sus inquisiciones con respeto:

—Venerable deidad, pues no eres como los hombres, ni en forma ni en estatura, te saludamos y nos postramos ante

ti. Que los dioses te protejan. Nosotros venimos de Cnosos, la ciudad del Laberinto. Viajamos a Pilos, el puerto de Néstor. Somos comerciantes y queremos vender nuestras mercancías. Seguimos el camino de la rectitud moral y en la calidad de nuestros productos no existen reproches. Dinos quién eres, para hacer sacrificios en tu nombre y honrarte desde ahora como nuestro protector.

—Soy hijo de Zeus —respondió—. Apolo es mi nombre. Cantad y alzad plegarias en mi honor. No temáis, pues os protegeré de toda afrenta del destino. Os guiaré a mejores tierras. Seguidme.

Apolo entonces volvió a su forma acuática y saltó al agua. Los mismos destellos dibujaron nuestro horizonte con tonos azules y rojos. Mientras él nos guiaba, mientras nuestros hombres izaban las velas y corregían el rumbo, nosotras cantamos. Nuestras voces subieron al cielo y recorrieron el mundo. Las plegarias que cantamos se transformaron en tersa filigrana, visitaron templos y lugares sagrados, circundaron el Olimpo. Cantamos hasta perder el aliento. Cantamos hasta agotar las palabras. Cantamos hasta llegar al destino que el divino Apolo nos tenía preparado.

—Cuando lleguemos —dijo Apolo—, dejad a sus mujeres en la playa y marchaos. Vosotras, mujeres cretenses, levantad un altar en la arena, encended un fuego en él, haced ofrecimientos. Quemadlo todo. Que no quede huella del pasado. Al final, cantad, cantad muy alto.

Así lo dijo y así lo cumplimos. En la playa despedimos a nuestros hombres, levantamos un altar, encendimos un fuego

en su interior y quemamos nuestras mercancías y nuestras ropas. Desnudas entramos al fuego y nos purificamos. Al final, cantamos, y nuestro canto se volvió tersa filigrana, y subió al cielo en forma de flamas azules y rojas.

—Os he elegido para convertirlos en guardianas de mi templo, el más rico de todos. Seguidme. Yo os guiaré y cuidaré, de ahora en adelante.

Y lo seguimos. Caminamos en procesión. El divino Apolo iba delante, tocando melodiosas canciones con su lira. Nosotras, detrás, lo seguíamos, con una rama de laurel en la mano, cantando sin cesar, cantando sin cansarnos, con el regocijo de nuestra voz en cada paso.

Así seguimos hasta llegar a las faldas de un monte. Apolo nos dijo que era el Parnaso. Y allí, al pie del Parnaso, estaba el santuario. Le pusimos el nombre de Delfos, en honor al delfín que se convirtió en hombre, y luego se convirtió en dios, en Apolo Pitio, hijo de Zeus, protector nuestro.

Nosotras, las pitias, las profetas del Oráculo de Delfos, somos las elegidas por Apolo, las elegidas por nuestra voz. Nuestros cantos embelesaron a nuestro dios protector. El divino Apolo nos eligió de entre todas las mujeres.

Hemos venido nuevamente para invocar las exhalaciones proféticas. Llevamos a cabo el rito, con aflicciones a cuestras, con memorias marchitas, imitando uno a uno los detalles de consultas de antaño.

A nuestro recuerdo acuden en tumulto los peregrinos. Reyes, emperadores, generales. Atenienses, persas, macedonios. Todos con un mismo propósito. Todos con el rostro tatuado de duda. Todos ellos, en Delfos, se vuelven peregrinos.

Vienen los peregrinos cargados de esclavos, ofrendas, corderos y cabras, estatuas, vasijas, oro en todas sus formas, riquezas que depositan en el templo de Apolo.

Nosotras, las pitias, les pedimos que esperen. Los peregrinos esperan. Los preparativos para consultar el oráculo requieren paciencia. El templo cierra sus puertas durante días, y ellos sólo conocen la hierba por cama, el cielo por techo, la intemperie por hogar. Nosotras, las pitias, rezamos día y noche, cantamos, bailamos, esperamos el ambiente propicio.

El quinto día de cada mes, abrimos las puertas del templo. Caminamos al sendero que nos lleva a la cima del Parnaso. Los peregrinos nos siguen. Esclavos y animales permanecen pastando en la llanura. Subimos cantando. Juntos cantamos loas y alabanzas al divino Apolo. Seguimos el curso del sol en nuestro viaje.

Al llegar a la cumbre, miramos los últimos momentos del día. Mientras el sol se pone, colectamos la leña para la fogata nocturna. En ella purificamos con fuego los cuerpos de los peregrinos.

Con la mañana emprendemos el retorno. Al bajar del Parnaso, nos bañamos en la Fuente Castalia. Allí purificamos con agua los cuerpos de los peregrinos. Algunos esclavos y cabras nos miran ocultos en el bosque de laureles.

—¿Qué quieres del oráculo? —preguntamos.

Los peregrinos responden con cuestiones innúmeras: asuntos de estado, guerras, amores. Quieren saber lo que el futuro tiene planeado para sus pueblos. Nosotras escuchamos, preguntamos, volvemos a escuchar. Después cerramos el templo detrás de nosotras. Pasamos la noche preparando la pregunta al oráculo.

El día séptimo del mes, celebración del nacimiento de Apolo, dejamos entrar a los peregrinos, a los esclavos, a los animales. Juntos descendemos a la sala subterránea, donde aguarda el ónfalo, el centro del mundo, el lugar donde serán develadas las verdades.

Se encienden las antorchas, se depositan las ofrendas en lechos de laurel, nos sentamos en el trípode, los esclavos sostienen al ganado, que degüellan los peregrinos. La sangre y los estertores de los animales caen al suelo sagrado. El oráculo se enciende con el ofrecimiento.

Los peregrinos hurgan el interior aún caliente de los cadáveres. Desperdigan las vísceras en torno del ónfalo, nos ofrecen

el hígado. Nosotras, pitias, puras, profetas, examinamos el órgano violáceo, a fin de saber si son propicios los tiempos para develar el destino.

La cámara se inunda de vapores, los humos sagrados, las exhalaciones proféticas que surgen del suelo. Respiramos la sangre evaporada del casto cordero mezclada con el aliento divino del delfico Apolo. Arrojamós el hígado al fuego, entramos en trance.

Apolo aparece, nos muestra un estanque. Las náyades se bañan y corren con risas eternas. Apolo las persigue, tocando su lira. Nos invita a seguirlo. Nosotras nos acercamos. La superficie del estanque nos muestra historias infinitas. Allí no existe el tiempo.

En el fondo del agua buscamos el rostro de los peregrinos. Cantamos su historia, reímos y lloramos. Del éxtasis pasamos a la fatiga. Caemos del trípode, extenuadas, sangrantes.

Los peregrinos agradecen, queman ofrendas. Al día siguiente se alejan con sus esclavos. En el rostro llevan tatuada la congoja, la alegría, la incertidumbre. Se convierten en reyes, emperadores, generales. Atenienses, persas, macedonios.

Nosotras quedamos tendidas en el suelo. Durante tres días sangramos para purificar nuestros cuerpos. En ocasiones, no volvemos a levantarnos. Los sacerdotes recogen nuestros cadáveres y limpian el templo.

Pitias somos, pitias hemos sido. Somos el origen y el presente, el colapso de nuestra época y el tocón del tiempo que se aferra a las ruinas de Delfos. Somos las que fuimos, las que seremos en la memoria de los otros.

Hemos venido de nuestro presente para entrar en trance, para dar vaticinios. Hemos venido para pronunciar el destino que te espera.

—¿Qué quieres del oráculo? —preguntamos.

AUGURES

*The change of Philomel, by the barbarous king
So rudely forced*

Heleno

Arderá Troya, dijiste, Heleno, a Odiseo. Arderá Troya cuando los restos de Pélope, el desventurado padre de Atreo, reposen en aquella ciudad. Arderá Troya cuando el aquílida Neoptólemo comande a sus mirmidones en la batalla. Arderá Troya cuando la estatua del Paladio habite fuera de sus murallas.

Los aqueos cumplieron todos los requisitos que les impusiste. Realmente querían ver arder a Troya. Los dioses te habían abandonado, habían dejado a la deriva a su pueblo de Ilión, que fuera tan querido algún día, y protegido por Palas.

Tú viste, Heleno, cómo trajeron en urna suntuosa las cenizas de Pélope, cómo la introdujeron en la ciudad, con unas cuantas dracmas de soborno, cómo gritaron victoriosos; viste cómo el temible Neoptólemo, tan parecido a su padre en fortaleza y presencia, calzó sus sandalias y vistió su armadura, cómo el bosque retumbó con el paso ensordecedor de los mirmidones; viste cómo Diomedes y Odiseo llevaban a cuestras el Paladio, al que nunca se había removido de su espacio en el templo sagrado de Atenea, y que ahora lucía opaco y astroso abandonado tras la tienda de Menelao.

Viste, también, cómo el repudiable Odiseo, tu captor y tu dueño, ordenó la tala de árboles inmensos, y el tallado de un

arma inaudita con forma de gigantesco caballo. Viste las sogas, las armas, las teas, los hombres que se introdujeron en dicho artefacto, y viste las maneras ingeniosas de arrastrarlo hasta las puertas de Troya.

Tú, Heleno, que fuiste el augur supremo de Ilión, el hijo predilecto de Hécuba, tú que fuiste el hombre prudente de la guerra, una estúpida guerra que ha durado diez años, tú que enfrentaste a Deífobo y preferiste el destierro, tú, Heleno, ahora cautivo, por decisión propia cautivo, ves en este preciso momento las columnas de humo que asoman por encima de las murallas de la que fuera tu ciudad, y escuchas el alarido de los ciudadanos que fueron tus súbditos.

El llanto asoma a tus ojos, Heleno, el llanto y la rabia, fuiste tú el que dio la llave al enemigo para reducir a cenizas la que fuera tu vida. Arderá Troya, dijiste, y tu augurio se cumple puntual. ¿Acaso el fuego de las casas y palacios logró por fin calmar tu ira contra los tuyos?

Polidamante

Yo soy Polidamante, hijo de Pántoo y de Fróntide, soldado troiano por gracia de Príamo, nuestro rey, y augur de la milicia como don de Apolo. Yo soy Polidamante Pantoida, orgulloso de mi pasado guerrero y fiero defensor de mi ciudad. Yo soy Polidamante de Troya, asesino del líder Protoénor, jefe de los beocios, y escollo del embate del tebano Peneleo, a quien herí en un hombro. Yo, Polidamante, mensajero de Príamo ante usted y partidario desde el inicio de esta guerra de la entrega de Helena, para evitar esta sangre de amigos y enemigos que corre por la tierra y por los mares, y avergüenza a los dioses más sabios, vengo a ofrecerle mis honores.

Nací la misma noche que lanzó su primer llanto el príncipe Héctor. Nuestra vida ha estado ligada. Héctor, el domador de caballos, ha sido más que mi hermano, y juntos, hombro con hombro, hemos barrido legiones y roto barreras. No obstante, el obcecado priámida Héctor ha hecho caso omiso a los augurios que, a través de mis dones, ordenan cejar en esta guerra sin sentido.

Desde niño, la fortaleza de Héctor fue acompañada por la cerrazón de su carácter. Crecimos juntos y, con el tiempo, en batalla él aportó el poder y yo la sabiduría. En esta guerra, juntos logramos superar la muralla argiva y alcanzar los pasillos,

donde ganamos más de una batalla. Pero el poder de los vaticinios no hacía mella en este gran guerrero.

Durante el asalto, vimos el vuelo de un águila, proveniente del río Janto. El águila llevaba entre sus garras una serpiente, la dejó caer sobre nuestras cabezas, siguió su vuelo hasta perderse en el horizonte. El cuerpo sin vida del reptil cayó ruidosamente sobre el escudo de un soldado; era un signo de los dioses, una advertencia, un ave de mal augurio. Se lo dije a Héctor. Él sólo me miró, sin decir nada, y después ordenó el ataque. Los troyanos lo siguieron, y yo quedé en la retaguardia, con la imagen de la serpiente hecha jirones en mi cabeza.

Traté por todos los medios de hacer desistir a Héctor, mi hermano. La furia de ver su ciudad invadida era todo su alimento. No aceptaba consejos, no daba un paso atrás. Fue la furia y no Héctor quien condujo al ejército de Ilión hacia las bases argivas. Fue la furia quien blandió la lanza que acabó con la vida de Patroclo. Fue la ira y el poder destructivo de un temperamento en ebullición, y no Héctor, quienes cavaron la tumba de este gran guerrero.

La tumba de Héctor está ahora solitaria. Le hace falta un cuerpo, el cuerpo que usted, Aquiles de los pies ligeros, ha ultrajado durante un día entero. En el cielo sobrevuelan pájaros con noticias fúnebres. En nombre de un monarca herido y padre inconsolable, en nombre de toda una ciudad postrada, en mi propio nombre como augur de las tropas troyanas, y como ser humano desgarrado por esta guerra, le suplico que entregue el cuerpo de Héctor, para que vuelva a la tierra que lo vio nacer.

Calcas

De todos los augures, Calcas fue el más nefando. No había nadie en toda Grecia que conociera el significado de cada detalle en el vuelo de las aves para anunciar el presagio correcto; nadie como Calcas. Pero una maldición desconocida pesaba sobre él: cualquier designio, cualquier augurio pronunciado por su boca, anunciaba catástrofe.

Los aqueos, en su viaje a Troya, reclutaron a este viejo augur. Poco antes de zarpar, escucharon de su propia voz el atroz dictamen de que harían falta diez años para conquistar Ilión, y que no habría vencedores. Una década después, los aqueos victoriosos volvieron a sus casas con el horror de la guerra tatuado en su rostro. Muchos erraron el camino y se perdieron en medio de las islas desoladas del archipiélago.

Calcas, el augur de los designios funestos, vio el vuelo de los tordos en invierno, y declaró la sentencia de muerte para Ifigenia; oyó el canto del gorrión de primavera, y puso a Aquiles contra Agamenón; divisó la desgracia de Filomela, mucho tiempo después, al ver surcar el aire a un ruiseñor.

En los designios de Calcas se cifraba el significado de la calamidad. Y él lo sabía. El peso de la muerte y la tragedia lo seguían donde fuera. Mientras vagaba por un bosque de su

natal Megara, vio a través de un cortejo de búhos su propia muerte. El dictamen de los dioses lo condenaba a ser el mejor augur de toda Grecia, porque cuando encontrase un vidente que lo superara, moriría.

Le dolía anunciar presagios, pero era más grande su miedo a la muerte. Calcas vivió bebiendo la hiel cotidiana del ruin destino. Calcas estaba condenado a ejercer la ornitomancia para prolongar su vida.

Nadie sabe si Calcas rio alguna vez, fuera de aquella en la que cayó fulminado, muerto. La vida le fue dibujando una mueca de amargura y tristeza, un espasmo perenne de dolor. El año en que murió, poco después de que acabara la guerra, Calcas vino a nuestra tierra de Colofón, aquí conoció al vidente ciego Mopso, nieto de Tiresias. Los dos augures se conocieron. Calcas desdeñó a Mopso, como hacía con todos los videntes; Mopso, por su parte, profetizó que su oponente no llegaría a probar el vino de los viñedos que Calcas plantó al asentarse en nuestra tierra.

Las estaciones pasaron, y Calcas miró con buenos ojos las uvas que Dioniso había hecho crecer en sus viñedos. Calcas cosechó los frutos, preparó el vino e invitó al ciego profeta a deleitarse con su sabor. Mopso acudió a la cita, y mientras veía escanciar el fluido divino, repitió su sentencia. La mueca de amargura y tristeza se transfiguró hasta convertirse en sonora carcajada. Calcas, el adusto, reía a pierna suelta. Nunca nadie lo había visto reír. Esa risa lo mató. Por fin había conocido, sin saberlo, a un augur que lo superaba.

ELIOT

ἀπο θανέῖν θέλω

Visitar a *madame* Sososttris, *clairvoyante fameuse*, en el barco que atraviesa Londres en abril. Con el simple acto de mencionarla se aparece ante mí. París fue su cuna. *La tour inoubliable de France* en bicicleta. *Madame* Sososttris navega el Támesis como si fuera el Sena en *Bateau Mouche*. Yo guardo su baraja.

El colgado fornicaba con la muerte, y juntos visitan la torre de los enamorados. No conozco Marsella. Toda la ciudad se encuentra en la carta del carro. Cartomancia, me dice. Aquí *madame* Sososttris observa. Encuentra, por ejemplo, la calleja de las ratas, donde los cadáveres pierden la carne. Observa una montaña muerta, boca de dientes cariados que no puede escupir. Observa a Flebas, el fenicio, cargando con su barca en el reino de los muertos. Observa los esqueletos anónimos de la Tercera Guerra Mundial. *Madame* Sososttris observa cadáveres, observa mi tumba.

Y Londres pronto se convirtió en la Grecia Antigua. Y la hebefrenia asistió al origen de la filosofía. Es la locura, me dicen los poetas, es la locura profética comandada por Apolo. El hombre sale de sus casillas y encuentra a Dios. Y nosotros, los poetas, dicen los poetas, nos conformamos con la locura de Dionisos.

Pero nosotros, los poetas, ya estamos muertos. Nuestro destino es nuestro pasado. O acaso nos postramos en agonía

ante lo incognoscible. Nosotros, los poetas, estamos reclusos en la carta del loco.

Yo soy Eliot, el desterrado, *il miglior chiaroveggente*, y soy también uno de tantos que han muerto en la impotencia.

En la ribera del río he encontrado augures afligidos. Ellos me cuentan sus penas. Se arrebatan las palabras y se desgarran los ropajes para poder ser oídos. Llevan siglos esperando. Pero yo sólo escucho lo que ha dicho el trueno. Es ya el séptimo día y el sonido ensordecedor continúa en el mundo. “Quiero morir, quiero morir”, dice el susurro del trueno.

Allí encontré a *madame* Sososttris, demudada, convertida en profeta. Ella, como mujer, sangra. Ella, como serpiente, cabalga las olas del río. *Elle se promène sur le fleuve*.

Dice palabras que no comprendo. “El sol tiene la extensión de un pie humano”, dice. La tripulación se descalza y contempla sus extremidades a contraluz.

“Muerte es lo que vemos estando despiertos”, dice. Hipnos juega al *cache-cache* con Tánatos, su hermano, mientras nosotros, los poetas, aplaudimos rabiosamente las proezas de los atletas en los Juegos Pírricos.

La navegación no requiere cartografías. Mar es mar y ríos son aquellos por los que fluye nuestro inconsciente. Allí radica la clarividencia. Se ha mudado hace ya mucho. Las aguas del mundo se encuentran en la carta de la estrella.

Si uno se fija atentamente, podrá ver durante el viaje cómo fluye el agua cambiante. Allí hay sirenas y marineros. Allá, una diosa emerge de la espuma. Acá un hombre descansa

al sol sobre un arrecife junto a un centenar de focas. Se trata de Proteo, otro clarividente. Y también es agua, es fuego, es león, es mástil, es árbol. Su forma cambia con cada parpadeo.

Llega el invierno y el frío penetra en mis huesos. El vapor del Támesis cubre el paisaje. Este es viaje de augures. Se prohíbe la entrada de persona-non-grata. El destino es un laberinto. O un enigma. *Madame* Sososttris vislumbra el fin de los tiempos, y pronuncia *shanti*, dos veces, en pos de la beatitud.

Es tiempo de niebla, tiempo de navegación. El barco se encuentra apresado en la carta del mago. Pregunto a *madame* Sososttris sobre el futuro que se encuentra siempre delante de nosotros. Pero no existe futuro, me dice. El futuro comienza, me dice, después de que ocurre e

s
t
a

f
r
a
s
e
.

Índice

Prólogo	7
Sibila	15
Tiresias	37
Cassandra	57
Pitias	75
Augures	85
Eliot	93

Parte esencial del proyecto editorial de la revista **grafógrafxs** —a un año de comenzar— es el lanzamiento de los escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante más de 30 sesiones ha sido compartido, discutido y editado en la Sala Ignacio Manuel Altamirano del edificio central de Rectoría de nuestra universidad. Cada jueves y sábado esta sala alberga a una comunidad universitaria nutrida, que hasta marzo de 2020 superó la asistencia de más de 1000 personas entre estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos; ello refrenda el punto de partida de **grafógrafxs**: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios de este año y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de **grafógrafxs**, cuyos libros atractivos y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que **grafógrafxs** es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



Visita grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 [Grafógrafxs UAEMex](https://www.facebook.com/Grafografxs-UAEMex)

 [@grafografxsuaem](https://twitter.com/grafografxsuaem)

 [Grafógrafxs UAEMex](https://www.instagram.com/Grafografxs-UAEMex)

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

Profetas, de Demian Marín, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, calle Sor Juana Inés de la Cruz, número 300, Col. 5 de Mayo, Toluca, Estado de México, C.P. 50090, Tels. (722) 277 3835 y 277 3836.

La presente obra fue escrita con el apoyo de la Beca del Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México (FOCAEM) 2012.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 2, núm. 4, de *grafógrafxs*, octubre-diciembre de 2020.

PRÓXIMOS TÍTULOS:

(Una banda de punk llamada) Rattus

Andrés Paniagua

Juchitán tiembla

Efraín Velasco

Galería para fumadores

Israel López Solano

**Acapulco (me entró al ojo una estrella
de cine, mamá)**

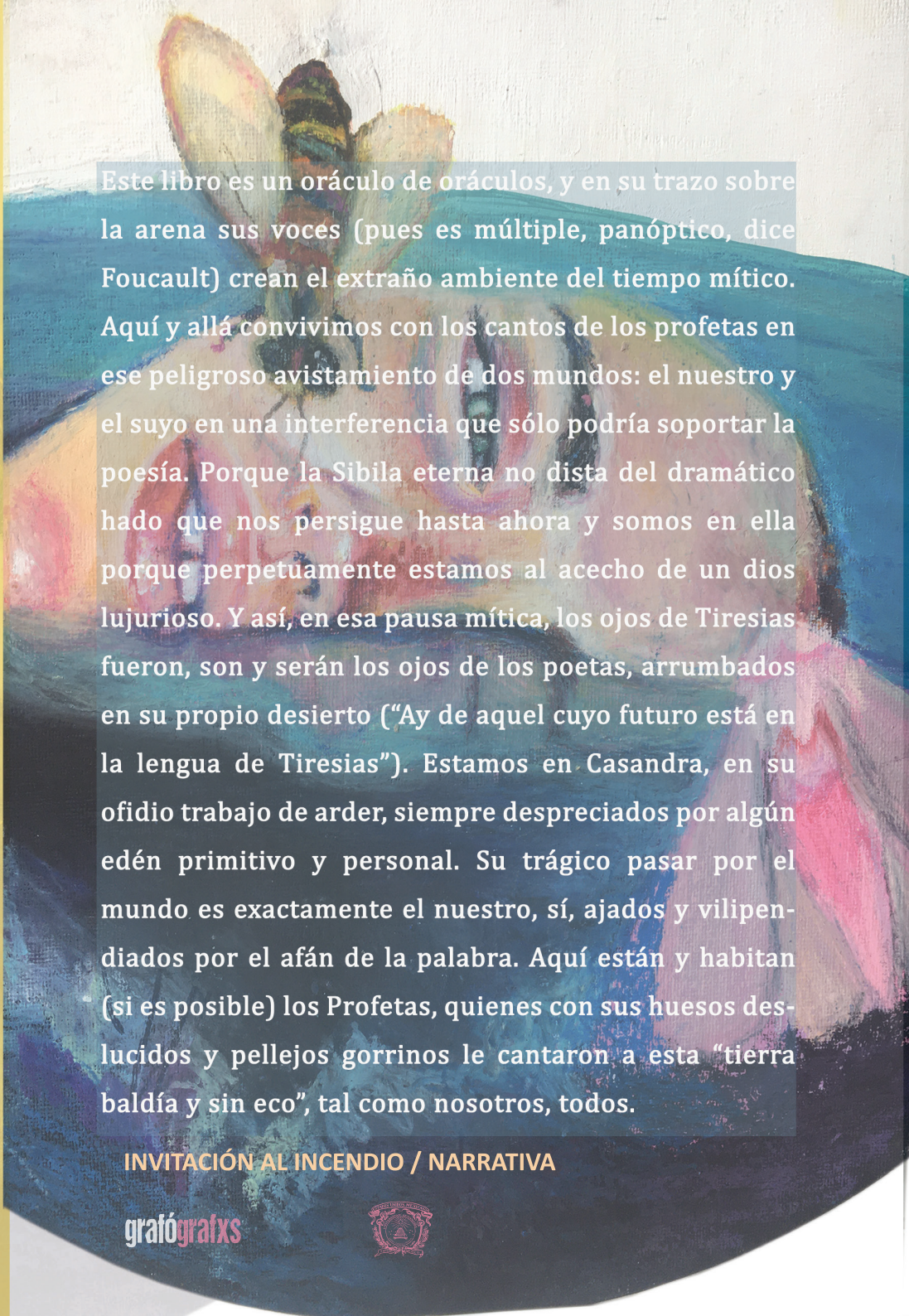
Cecilia Juárez

Chismógrafo

Adriana Mondragón Collado

**El día de los chacales
(instantáneas de dos bastardos)**

Alonso Guzmán

An abstract painting serves as the background. It features a butterfly with yellow and black wings at the top center. Below it, a face is partially visible, rendered in dark, expressive brushstrokes. The overall color palette includes deep blues, purples, pinks, and yellows, with a textured, painterly quality.

Este libro es un oráculo de oráculos, y en su trazo sobre la arena sus voces (pues es múltiple, panóptico, dice Foucault) crean el extraño ambiente del tiempo mítico. Aquí y allá convivimos con los cantos de los profetas en ese peligroso avistamiento de dos mundos: el nuestro y el suyo en una interferencia que sólo podría soportar la poesía. Porque la Sibila eterna no dista del dramático hado que nos persigue hasta ahora y somos en ella porque perpetuamente estamos al acecho de un dios lujurioso. Y así, en esa pausa mítica, los ojos de Tiresias fueron, son y serán los ojos de los poetas, arrumbados en su propio desierto (“Ay de aquel cuyo futuro está en la lengua de Tiresias”). Estamos en Casandra, en su ofidio trabajo de arder, siempre despreciados por algún edén primitivo y personal. Su trágico pasar por el mundo es exactamente el nuestro, sí, ajados y vilipendiados por el afán de la palabra. Aquí están y habitan (si es posible) los Profetas, quienes con sus huesos deslucidos y pellejos gorrinos le cantaron a esta “tierra baldía y sin eco”, tal como nosotros, todos.

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

gratíógratxs

